

antiguos patriarcas. “¿Por qué nos ha de admirar,” dice el bienaventurado Beda, “que las criaturas por su parte estén sometidas á aquel que por la suya obedece fielmente al criador del mundo entero? Desde las alturas de su fe y de su unión con Dios los ojos de su espíritu contemplan en todas partes y en todas las criaturas el reflejo y las huellas de Aquel á quien ama sobre todas las cosas y en quien á todas ellas las ama.”

La humildad verdadera se inclina al amor y benevolencia para con los demás en aquel mismo grado en que el alma jura santo odio y lucha incesantemente contra sí misma y contra la naturaleza corrompida.

“¡El yo! Oh, si yo pudiera, lo ahogaría al punto entre mis manos. En esta guerra no se da tregua: ó vencer ó morir.”

Pero Dios ha ordenado las cosas á nuestro bien de tal manera, que tengamos que luchar dentro de nosotros mismos por su reino hasta el fin de la vida, pues toda lucha generosamente sostenida con el auxilio de su gracia es una manifestación del reino de Dios en nosotros. Este combate consiste ciertamente, en primer término, en rechazar las tentaciones de pecado grave ó leve. La mayor parte de los cristianos se limitan á mantenerse á la defensiva, pero los santos aspiran á más, pues combaten al enemigo en sus propios dominios, saliéndole al encuentro é inutilizando sus fuerzas. De aquí las mortificaciones de la carne, que no sólo sirven para satisfacer por los pecados sino también para dar vigor y aliento al hombre interior.

Desde muy temprano se mostró la inclinación de la Madre Barat á las asperezas corporales, en tal grado que fué necesario que viniera la obediencia á ponerles límites. Siempre procuró ocultar estos rigores á los ojos de las criaturas, y rara vez pudo alguno, fuera de su confesor, formar idea de su vida penitente. Un día se le escapó en presencia de una hermana la siguiente confesión: “Hubo un tiempo en que de tal suerte fuí tentada de impaciencia, que sólo hallé un medio contra ella: disciplinarme y golpearme cuanto podía. Así llegué á hacerme en cierto modo señora de mí misma.”

En este punto tuvo siempre cuidado de no desaprovechar ninguna de las mil ocasiones de saludables sacrificios que ordinariamente se nos ofrecen en la vida. Así, cuando ayudaba á arrancar malezas de la tierra á la hermana jardinera, si por ventura llegaba donde había ortigas, las cogía con la mano sin cuidado alguno, de suerte que no tardaba en hinchársele el brazo y llenársele de ampollas hasta el codo. “Esto puede reemplazar hoy á la disciplina”, decía muy serena á la admirada hermana. En Italia la vieron las hermanas una y otra vez dejar que las moscas y los mosquitos le picaran dolorosamente sin ella ahuyentarlos. Con frecuencia sucedía que cuando se lavaba las manos en la fuente la última de todas, se servía en último término del paño común para enjugárselas. “Luisa de Francia”, decía sonriéndose, “se mortificaba de este modo. Me parece, y así lo confieso, que esto se me hace recio aunque no he nacido en Versalles.”

Hé aquí su máxima: "El día en que no hayáis sufrido nada por Jesucristo, tenedlo, hermanas mías, por perdido."

No hay para que recordar que la piadosa sierva de Dios aprovechaba con alegría las numerosas ocasiones de padecer y mortificarse que la amorosa providencia de Dios le ofrecía en enfermedades y dolencias corporales, en las dificultades que se le presentaban en el cumplimiento de su cargo, y en los obstáculos que se oponían á sus planes de extender el reino de Dios. Sabía muy bien que así como el ánimo generoso debe fundarse en la justicia, así ninguna mortificación voluntaria tiene mérito si no llevamos con paciencia las contrariedades que Dios nos envía.

La humildad, la pobreza, la mortificación, el desasimio de sí mismo son virtudes sin las cuales no puede concebirse la santidad; son el fundamento sobre el cual ha de elevarse el edificio de la virtud, que no debe ser levantado sobre la arena movediza de los caprichos ni sobre la tierra pantanosa de las ilusiones. No son aquellas cosas sin embargo la virtud y la santidad, sino solamente son medios de llegar á aquel alto grado de virtud que consiste en la unión del alma con Dios. Esas cosas nos desprenden del mundo, del tiempo, de nosotros mismos, para que podamos subir libremente á Dios; preparan la tierra de nuestro corazón para que en él echen raíces y prosperen las tres virtudes divinas: fe, esperanza y caridad.

No debiendo repetir aquí lo que en el curso de esta historia hemos dicho del espíritu de fe, de for-

taleza y de esperanza de la Madre Barat, daremos tan sólo una rápida mirada á su ardentísimo amor de Dios y á su unión íntima con él.

"El encendido amor de Dios", dice su ilustre biógrafo Baunard, "que devoraba el corazón de la Rev. Madre Barat, se manifestaba muchas veces en afectos repentinos." Un día muy caluroso del mes de junio dijo: "¡Ojalá hiciera calor en todas partes, amadas hijas! En medio de nosotras está el fuego vivo; dejemos obrar á nuestro divino Salvador y todo lo encenderá en su fuego." Con frecuencia repetía esta jaculatoria: "Oh Corazón de Jesús, mi luz, mi amor y mi vida: haz que sólo á ti te conozca, y que sólo viva de ti, en ti, por ti y para ti." Durante la noche solía decir muchas veces: "¡Jesús mío, mi amado Salvador! yo duermo, pero mi corazón vela." Habiéndosele preguntado si necesitaba de alguna cosa en ocasión en que se hallaba enferma, respondió: "Sólo una cosa necesito: que sea Jesús amado, y que yo también le ame." Una tarde entró de repente en la habitación destinada al trabajo, como impulsada por una fuerza interior, diciendo en voz alta: "Confundido sea el que no ame á Nuestro Señor Jesucristo."

La íntima unión con el divino Salvador había llegado á ser en ella habitual; este era el impulso irresistible y al mismo tiempo instintivo de su alma. Habiendo dado un día la señal para que se suspendiera la lectura en el refectorio, una vez terminado el acto, se quedó de repente tan profundamente recogida en su interior, que permaneció así más de una hora, sin que las hermanas se atrevieran á sa-

carla de aquel estado. Ni aun la campana, que poco después tocó á vísperas, bastó para despertar á la Madre, que seguía abismada en Dios.—Bien será advertir que padecía de espiritual sequedad y desconuelo; ella lo atribuía á su infidelidad y tibieza en el servicio de Dios.

El que á Dios ama, desea con verdadero anhelo emplear todos los instantes que le dejan libre los deberes de su estado, en conversar espiritualmente con su Amado. “El que sabe emplear con economía el tiempo, tiene á su disposición más horas de las que á primera vista se figura. Además del tiempo que dedico á mis quehaceres ordinarios, todavía tengo de seis á siete horas de oración; pues duermo poco y me aprovecho de la noche para pensar en nuestro divino Salvador.”—Referen sus compañeras que siempre que en sus viajes se veía obligada á detenerse en el camino, acostumbraba á recogerse, y que cuando llegaba la hora de proseguir el viaje, la hallaban abismada en Dios.

Un hecho muy señalado, que prueba la vida íntima de fe de la Madre Barat, era que todos sus pensamientos y acciones se referían al misterio del año eclesiástico que se celebraba, de suerte que vivía la vida mística de la Iglesia juntamente con la misma Iglesia y grababa en sí el sello de esta misma vida. Así, por Navidad se hacía niña para asemejarse al Niño de Belén; en semana santa se deshacía en lágrimas por su Amado á semejanza de la Magdalena; y por Pascua se alegraba y regocijaba con el vencedor de la muerte y del sepulcro.

Principalmente todo su amor estaba, como en su centro y foco, en el Santísimo Sacramento del altar. Su lugar de refugio, su patria, su cielo era el tabernáculo. Muchas veces la halló la sacristana antes de las cinco de la mañana á la puerta de la capilla esperando de rodillas humildemente en el umbral del santuario á que llegase la hora de entrar. Después permanecía otras dos horas cerca del altar en oración y meditación. Renovaba su vida con Cristo en la sagrada Comunión, que recibía todos los días, después de haberse preparado siempre—excepto los últimos años de su vida—recibiendo el sacramento de la penitencia. Era tal la contrición con que se acusaba aun de las más leves faltas, que cualquiera habría creído al verla que había cometido grandes culpas. “Muchas veces”, refiere una hermana, “me confesé yo inmediatamente después que nuestra Madre, y vi el confesonario todo regado con sus lágrimas.”

Acudía con respeto verdaderamente filial á la Santísima Virgen y Madre de Dios. ¿Acaso podía ella separar el corazón de la Madre del corazón del Hijo? Todos los días rezaba el santo rosario, el *Memorare* y la *Salve*. Á menudo besaba los pies de una pequeña escultura de la Virgen, y por las noches hacía la cruz con las manos de esta imagen y se santiguaba con ellas para recibir la bendición de la Madre de Dios. También era muy devota de San José, de los ángeles y de todos los santos.

Es imposible amar verdaderamente á Dios y no sentir vivísimos deseos de que los demás también

le amen y estén poseídos de su amor. La flor que produce el amor de Dios, es el celo por las almas que al cristiano le abrasa y torna en apóstol. "Hay en la tierra", dice Monseñor Gay, "muchos corazones duros para con Dios lo mismo que el bronce: para fundir estos corazones tiene Dios altos hornos." Puede decirse que el corazón de la Madre Barat era un horno encendido. Fervorosa en la oración, ingeniosa en la práctica de la caridad, suspiraba por ganar almas para Dios. ¡Cuán de veras oraba á menudo por los príncipes y poderosos de la tierra para que no oprimieran á la Iglesia, por los pecadores endurecidos para que se convirtieran! ¡Con qué caridad oró por el abate Lamennais, y cuánto sintió su desdichado fin! La caridad mantuvo en su corazón hasta su más avanzada edad el entusiasmo por las misiones de América. "Á veces quieren impedirme que escriba; pero ¿cómo he de guardar silencio tratándose de las misiones extranjeras, de la primera inclinación de mi corazón?" ¡Con cuánto placer habría ella visitado, si hubiera podido, aquellas misiones, especialmente las irlandesas por ser éstas las más pobres!

Hemos visto ya repetidas veces en el curso de esta historia el celo apostólico de que estaban animadas así la Madre Barat como toda su religiosa familia. Así que aprovechaba cualquiera ocasión favorable para contribuir á la salud de algún alma, en orden á lo cual había recibido dones particulares de Dios. Una vez supo que su médico, persona por otra parte digna de aprecio, hacía largo tiempo que no cumplía

sus deberes de cristiano. La Madre Barat guardó silencio mucho tiempo sobre esto, si bien se aprovechaba de las ocasiones que de vez en cuando se presentaban, para mover el corazón de aquel hombre. Poco tiempo antes de morir la Madre Barat habló con él durante tres cuartos de hora, al cabo de las cuales el médico salió de la habitación diciendo con lágrimas en los ojos: "¡Qué mujer! ¡Qué mujer!" Poco tiempo después la superiora general supo con viva alegría que aquel doctor se había reconciliado con Dios, que había recibido los santos sacramentos. Un militar sobrino de la Madre Barat, que residía en Ajaccio, había perdido la fe y hasta se burlaba de los sacerdotes y de las cosas santas. Aunque gravemente enfermo y cercano á la muerte se negó desdenosamente á acoger las insinuaciones que le hicieron para que pensara en Dios y en su alma. Un piadoso sacerdote, que le visitaba y le había oído decir que respetaba como á una santa á su venerable tía, se dirigió por escrito á la Madre Barat, rogándole que escribiera á su infeliz sobrino. Escribióle ella en efecto. El enfermo no se cansaba de leer y releer la carta, y últimamente entró dentro de sí mismo y quedó absorto en profunda meditación. Cuando á la mañana siguiente el canónigo Spinosi fué, según su costumbre, á visitar al enfermo, éste le dijo ante todo: "Quiero confesarme." Recibió en efecto los últimos sacramentos con devoción edificante, y murió con resignación cristiana, muy agradecido á su tía.

No había obra alguna de misericordia espiritual á que no se sintiera vivamente inclinada la Madre

Barat; de buen grado habría penetrado en las más profundas cárceles "para salvar allí á los criminales", como ella misma escribía. Pero como esto no era posible, empleó su celo en socorrer á las benditas ánimas que padecen en la cárcel del purgatorio. La hermana conocida en Francia por María de la Providencia, y tenida en opinión de santa, fundadora de una orden en que todas las oraciones, obras y trabajos se aplican por esas benditas ánimas, halló siempre en varias circunstancias en la Madre Barat auxilio y consejo; á la cual buscaba aquella con mucho afecto, pues había pasado algunos años con las hermanas del Sagrado Corazón en calidad de educanda en el colegio de Lila. Es, empero, de creer que la Madre Barat tuviera comunicación con las ánimas del purgatorio. Una de las superiores la halló una vez sentada en su habitación con mucho recogimiento; de repente la Madre interrumpió á la superiora, que le dirigía varias preguntas, y le dijo: "Si queréis hacerme un favor, mandad decir algunas misas por la hermana N. N. que acaba de morir en Italia." Esto lo ha referido y consignado por escrito la misma Madre de Mandón, á quien se lo dijo la Madre Barat, añadiendo que había dado á entender que el alma de la hermana que acababa de morir en aquel momento, se le había aparecido y le había pedido oraciones. En la historia de la vida de la venerable fundadora se nota que estas cosas se repitieron con frecuencia.

Su puro y ardiente celo por el honor de Dios y por la santificación de su nombre, así como la nobleza

de su carácter, la tenían muy elevada sobre el espíritu de partido de que por desgracia á veces no se ven libres ni aún las órdenes religiosas. Á todas ellas las miraba como á miembros de una misma familia, á todas las amaba fraternalmente, y éstos quería que fuesen los sentimientos de sus hermanas. "Nosotras hacemos lo que podemos", dice en una de sus cartas, "y de esta suerte procuramos merecer la bendición de Dios; pero debemos también alegrarnos de ver que prosperan las obras de aquellos que trabajan con nosotros por el mismo Señor y Maestro." Lo cual practicaba con tanta exactitud, que cuando alguno se lamentó en su presencia de que cierta orden italiana hubiese tomado el nombre del Sagrado Corazón y hubiese adoptado sus estatutos, la Madre Barat respondió: "Si estas hermanas lo hacen mejor que nosotras, más gloria recibirá en ello el Sagrado Corazón."

Cuando el año 1840 fueron á Roma algunas religiosas francesas para dirigir una escuela fundada por la princesa Borghese, la Madre Barat las recibió en su convento de Santa Rufina, y las tuvo en él "hasta que aprendieran la lengua y las costumbres del país". Ambas comunidades vivieron muy cordialmente una parte del invierno en una misma casa.

En 1862 se dirigió á la Madre Barat una asociación de misiones para Oriente pidiendo auxilio en favor de una comunidad de religiosas orientales que se trataba de fundar en Siria. La Madre Barat dispuso que entre todos sus conventos se proveyera á todo lo necesario al establecimiento y al sustento de sesenta y cinco religiosas de Arabia, diciendo en

esta ocasión las hermosas frases siguientes: "Siempre he deseado fundar una casa de nuestras hermanas en los santos lugares, cuna de nuestra santa fe; Dios no ha accedido á mi deseo; pero estas buenas hermanas nos representarán allí ventajosamente." Á las carmelitas tuvo desde el principio mucha afición, pues, como ya sabemos, su primera inclinación fué á ser de esta religión. Con las hermanas de la Visitación y especialmente con las de Paray-le-Monial, se sentía íntimamente unida por la ardiente devoción al Sagrado Corazón de Jesús; á las Hijas de la caridad las admiraba, y sentía especial afecto á las "Hermanitas de los pobres", que reciben en sus casas á los ancianos desvalidos.

Involuntariamente se nos viene aquí á la memoria esta sentencia del gran San Vicente de Paúl: "El verdadero celo por la salud de las almas nos mueve: 1.º á alegrarnos cuando otros hacen alguna cosa grande por Dios y por el prójimo; 2.º á alabar y apreciar á los que se dedican con fruto á obras apostólicas; y 3.º á rogar á Dios con instancias por ellos para que los conserve y bendiga y haga prosperar más y más su trabajo."

El amor de la Madre Barat á nuestra santa Madre la Iglesia se mostraba claramente en el fiel y profundo respeto con que miraba al Papa, en su humilde sumisión á los obispos, y en su gratitud para con los sacerdotes con quienes comunicaba la Sociedad del Sagrado Corazón. Fuéle muy grato que Monseñor Bruillard, aquel mismo sacerdote que hacía largos años, cuando ella vivía con su hermano en París,

había sido confesor suyo, se retirara en los últimos años de su vida, obispo ya de Grenoble, al convento del Sagrado Corazón de Montfleury, donde murió en 1861. Entonces la Madre Barat escribió estas palabras: "Más de medio siglo de virtudes y trabajos han colmado la medida de los merecimientos de este santo obispo, y han asegurado la eterna recompensa á quien fué mi primer guía en el camino de la perfección. Hemos sido privadas de su presencia, pero en el cielo pedirá por nuestra orden, á quien tanto amaba."

He aquí en breves rasgos un pálido bosquejo de la historia externa y de la vida espiritual de la Rev. Madre Barat. Su vida interior imprimió su propio sello en el noble rostro de esta religiosa, y así es de lamentar que no se prestase á ser retratada. No hay pues retrato alguno fiel de esta Madre á excepción del que se sacó de su cadáver.

Su prolongada frente, la nariz ligeramente aguilena, la barba algo saliente daban á su rostro enérgica expresión, pero en todo su ser dominaba la benevolencia. Su estatura era mediana, con los años se encorvó algún tanto su cuerpo. Eran vivos y expresivos sus ojos; sus movimientos graciosos y sumamente rápidos; en empezando á hablar se animaba toda su persona, pero así las palabras como los movimientos eran siempre en ella concertados y mesurados: siempre se advertía que la gracia regulaba así interior como exteriormente todos sus actos.

* * *

No hallamos otro modo más conveniente de terminar este sencillo bosquejo de vida tan virtuosa, ni de realzar su valor, que el de recordar que la suprema autoridad de la Iglesia ha ordenado que se hagan investigaciones acerca de ella. El 18 de julio de 1879 suscribió nuestro glorioso Pontífice reinante León XIII, el decreto de solemne introducción del proceso de beatificación de la Madre Barat con dispensa de las formalidades y prescripciones usuales, dando á la piadosa fundadora el título de "venerable sierva de Dios".

"Desde su niñez," se lee en este decreto, "menospreciando todas las cosas del mundo, se consagró enteramente al Señor, en cuyo amor se fué inflamando de día en día tanto que, abrasada del deseo de propagar la devoción al Corazón de Jesús, fundó una Sociedad de doncellas consagradas á Dios, que, tomando su nombre del mismo Corazón de Jesús, se consagrasen á la educación de las jóvenes y al culto del mismo Sagrado Corazón. Nadie ignora que este instituto, aprobado por la Santa Sede, ha cumplido del modo más excelente el fin que se había propuesto.

"Y como por el buen fruto se conoce el buen árbol, no es maravilla que la sierva de Dios haya adquirido tal fama de santidad cual merecieron sus muy señaladas virtudes."

No puede desearse mayor alabanza de tan elevado origen, hasta que no se conceda por tan sublime autoridad el poder y contento de honrar públicamente á la Venerable como Beata ó como Santa, viéndola elevada al honor de los altares, y de invocarla como

á modelo, patrona y protectora de la Sociedad del Sagrado Corazón. Que esté cercano este dichoso día es el íntimo deseo y el objeto de las fervientes súplicas de las almas que desean el mayor honor de Dios en la glorificación de sus santos.

Al cabo de veintiocho años transcurridos desde el día en que fueron sepultados los restos de la venerable Madre Barat, el día 2 de octubre de 1893 se procedió solemnemente á la exhumación del venerado cadáver, presidiendo la ceremonia el cardenal arzobispo de París, y asistiendo Monseñor Caprara, promotor de esta causa, que había llegado de Roma para el intento, acompañado del Rev. Padre Mattioli, procurador general de los barnabitas; asistieron asimismo, demás de la Rev. Madre general, de las asistentas y de otras muchas religiosas, los que fueron testigos de la inhumación de él, y los médicos designados para reconocerle. Y por todos hubo de reconocerse y declararse que el cuerpo de la fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón se hallaba íntegro y en el más perfecto estado de conservación. No despedía de sí mal olor, y los miembros estaban flexibles. Esta ceremonia tuvo efecto el lunes 2 de octubre de 1893, y al siguiente día se continuó el reconocimiento con idéntico resultado y no menos admiración y veneración. El 25 del mismo mes y año se le dió de nuevo sepultura hasta el día de la suspirada beatificación.